

MEMORIA DOCENTE,
DOCENTES EN LA MEMORIA

Mi
vida de
maestro
en La Perdoma

Tomado del libro *Vida Escolar de La Perdoma* de
Juan José Martínez Sánchez (www.martinez-carmona.es)

Juan José Martínez Sánchez /// Docente, investigador e historiador

NI AÚN HABIÉNDOLOS vivido directamente, podrás reproducir fielmente los hechos históricos más destacados. Tu aportación podrá ser muy valiosa para determinados y concretos aspectos del devenir; pero no te hagas ilusiones con la Historia Oral. Siempre tendrá grandes dosis de parcialidad, será inconcreta, con inexactitudes y otros defectos que la deben situar como simple complemento de la Historia documental. Tal como me lo cuenta el autor, lo relato en este capítulo. Es su versión. Son palabras de un maestro que vivió inmerso, esos años, en la problemática escolar de La Perdoma. Hay que aceptar los riesgos de la Historia oral, pero deben controlarse.

–Esa es la escuela.

–¡No! Tengo que ir a verla.

Y voy y la recorro. Amplia, muy amplia (¡pero si aquí caben bien, bien, más de ochenta niños!), cristaleras al sur, grandes ventanales al norte, despacho y cuarto de aseo para el maestro, cuartos de baño para los alumnos, y agua corriente, y un porche a la entrada con jardineras y flores frescas (¡en septiembre!) y cuidadas, y todo limpio. Esto fue una lotería, no podía ser de otra forma, porque era imposible que en Tenerife las escuelas fueran así. Y ya me lo explicó el compañero Manuel Barrera: es que hubo un dinero de una partida presupuestaria especial y el Alcalde y Subjefe provincial del Movimiento, José Estévez, la invirtió aquí, para uso y disfrute de los perdomeros. Pues enhorabuena, a los perdomeros y a mí por haber recalado en tan privilegiado lugar.

Comienza la actividad escolar

Y a empezar la faena, que el curso está a comenzar. Lo primero de todo la matrícula: uno, dos, diez, veinte, cincuenta, ochenta...

–¿Pero cuántos niños hay en este pueblo?

–No te preocupes, hay que matricular a todos los que quieran venir; pero verás luego como la asistencia es mucho menor -me decía el compañero. Y comenzó la tarea docente. ¡Qué placer! Porque para colmo de

dichas yo me encargaría de todos los niños que ya sabían leer y escribir. El compañero Barrera los admitía analfabetos (de cualquier edad, aunque la mayoría eran de seis años), los tenía dos cursos y ya me los pasaba sabiendo leer con bastante soltura y escribir con increíble corrección. Sí, sí, en dos años y con cuarenta o cincuenta niños que tenía el maestro. Si no queremos comparar no comparemos, pero no exagero ni un ápice.

Y comienza esa tarea dura, rutinaria, permanente, agradecida, de la enseñanza. Y durante la segunda quincena de septiembre tomo posiciones, estudio el ambiente. Bueno, será porque ya vienen las fiestas de La Perdoma (primeros de octubre) y el momento no es el más propicio para la asistencia de los niños a clase.

Pero pasan las fiestas y sólo tengo en la escuela unos treinta o cuarenta alumnos; pero, ¿qué pasa?

—Es que tienen que ayudar a la vendimia.

Y hablo con niños, padres o madres para decirles que durante la edad escolar tienen que asistir todos los días al centro. Vana recomendación. Lo primero es la obligación u obligaciones familiares (ayudar al padre en el campo, en la cuida de animales, a recoger hierba, a llevar la comida, etc.) y luego, cuando se acaba todo eso, entonces, sólo entonces se puede ir a la escuela.

¡Qué lucha más dura y de inciertos resultados! Porque si eres un poco blando en tus exigencias, no surten efecto y si eres demasiado riguroso, en vez de atraer a la escuela, se produce el rechazo a la misma.

¿Y qué hacer con esos ocho o diez monaguillos que, cada día, me llegan a la escuela cuando ya estamos a media jornada matutina, casi a la hora de salir al recreo o después?

—Es que tenemos que acompañar a D. José el cura en la misa y luego, para que no vaya solo, visitar a los enfermos.

—Eso no puede ser; tendréis que turnaros y acompañarlo uno o dos, y los demás deben venir a clase.

La lucha fue larga, dura, con algunos altibajos pero con la guardia alerta siempre. Las charlas con los padres, de dudosa eficacia; con los niños no había nada que hacer, pues se consideraban bien apoyados; mis intentos de convencer al cura de los deberes de los niños me convirtió en su enemigo o, mejor, en enemigo de la religión y de las buenas costumbres parroquiales.

Con medidas ingeniosas (?), tales como que los niños que llegaban tarde (todos, no sólo los monaguillos) se quedaban después de la hora de salida haciendo sus deberes; o que los impuntuales no formaran parte de los equipos culturales o deportivos; o que no se les prestarían libros de lectura para casa; etc. Con estas medidas conseguí que casi todos los monaguillos cambiaran sus “hábitos” y adquirieran el buen hábito de la puntualidad escolar.

Ya me daba yo por muy satisfecho y triunfante cuando, en marzo o así, un buen día faltan a clase todos los monaguillos habituales más otros tres o cuatro “aficionados”. Mi sorpresa fue mayúscula cuando me informaron que no podrían venir a clase, durante una o dos semanas, por la mañana, porque tenían que ir a la “bendición de las casas”.

Atolondrado, en mis meditaciones sobre el asunto estaba cuando llamaron a la puerta de la escuela. Y, ¡oh sorpresa!, allí estaba la grey monaguillesca, la mayoría vestidos al efecto, y los acompañantes, muy ufanos todos de su labor (sin ironías), hisopo en mano y agua bendita en el acetre, que venían a bendecir la escuela.

Con la mayor calma los hice pasar a todos, quitarse los hábitos a quienes los llevaban, colocarse en sus respectivos lugares de clase e iniciar el trabajo del día, como sus demás compañeros.

Una noticia como ésta no tardó en llegar al cura que, de inmediato, se presentó en la puerta de la escuela y, sin pasar al local, me lanzó serias reconvenciones sobre mi anti-religiosidad, el mal ejemplo para los niños,

la falta de respeto a las costumbres cuaresmales, etc. Los niños siguieron con su trabajo y se cambió el horario de las bendiciones para por las tardes, después de la hora escolar. [...]

La realidad escolar

En una primera parte de este epígrafe quisiera exponer mi experiencia personal referida a la década de los sesenta. Fueron tiempos de fuerte expansión de la escuela pública y de una clara intención gubernamental de atenciones sociales hacia esa escuela. No podemos olvidar entre esas atenciones los roperos escolares, los comedores, las bibliotecas y la distribución de la leche, queso y mantequilla americanas; aunque quedaran algunas realidades de tiempos pasados que era preciso mejorar, como es el caso del material y la limpieza escolar. La asignación para material escolar era muy escasa y había que hacer grandes esfuerzos para que llegara a los niños más necesitados.

Para la limpieza de los locales-escuelas también se daba una cantidad al maestro que la invertía a su modo. Lo más habitual era que “apalabrara” la tarea con alguna madre de familia y fijaran la cantidad a cobrar, que no podía ser muy superior a las sesenta pesetas anuales asignadas por escuela. Ni contratos ni nada. Luego, cuando ya funcionó la Agrupación Escolar, se fueron haciendo las cosas con más rigor y las personas eran contratadas.

Los roperos escolares tuvieron muy escasa incidencia. Quiero recordar que sólo en dos o tres ocasiones se entregaron telas para que las madres hiciesen los modestos uniformes de sus hijos. Muy pocas veces la escuela presentaba aspecto de “uniformidad”, ya que en cuanto había que lavar las prendas el niño venía con la ropa que más le convenía. Y no podemos olvidar que muchos de los niños que asistían a la escuela hubieran precisado de una ayuda seria y continuada en ropa. Tanto los maestros como las madres (mucho más éstas) tenían que hacer continuos esfuerzos para que el aseo y cuidado de la ropa ayudase a suplir las carencias económicas familiares.

El tema del calzado fue muy impactante para mí, pese a venir de un lugar donde las condiciones higiénicas y de medios económicos eran aún peores; muchos niños estaban habituados a ir descalzos (sí, ya sé que para muchos jóvenes esto llamará la atención, pero era una triste realidad) y así venían a la escuela. ¡Qué complicado era afrontar el problema! Ni se podía imponer el llevar calzado, por muy modesto que fuera, por las carencias económicas de esas familias, ni tampoco perpetuar este hábito en unos tiempos en que debía cambiarse.

“Sermones” a los niños sobre los peligros de infecciones, deformaciones, pinchazos, etc.; aviso a las madres de la necesidad de un esfuerzo. Estas y otras actuaciones, aparte el continuo progreso social, llevaron a que en dos o tres años hubieran desaparecido los niños descalzos en la escuela y en la calle. Doble logro.

El préstamo de libros infantiles se aprovechó durante varios cursos. El Centro Coordinador de Bibliotecas de la provincia nos enviaba lotes, de muy variada temática, y todos aptos e interesantes para los niños, que les entregábamos para llevarlos a casa, con la doble finalidad de que ellos los leyeran y estimularan a los escasos lectores de la familia. A partir del año 1970 funciona una pequeña biblioteca en el Teleclub de La Perdoma. Posteriormente fue incrementando sus fondos, con las dificultades propias del caso, hasta llegar al año 1979. En este año el Centro Nacional de Lectura los incrementó en más de dos mil volúmenes. Desde entonces, con su inauguración oficial, la Biblioteca de La Perdoma ha prestado un gran servicio al pueblo, facilitando la formación cultural de muchos de sus habitantes, en especial de los estudiantes.

La distribución de la leche y el queso (la mantequilla no llegaron, creo, a probarla) no tuvo mucha aceptación, en un lugar como la Perdoma, donde casi todas las familias podían disponer de vacas o cabras con las que ejercitaban ese recomendable hábito de tomar alimentos lácteos.

El comedor escolar sí que tuvo aceptación y fue aprovechado. Se instaló en otra de las casitas de la barriada (que el Ayuntamiento se había reservado). Dada la dispersión de la población escolar y la lejanía de muchos hogares, se hacía casi imposible a muchos niños ir a comer y volver a la escuela. El comedor resolvió el problema de muchas familias. Pero no sin dificultades, ya que muchos niños no se habituaban a una dieta variada tal como se recomendaba por los responsables de educación y se aplicaba en el comedor. Con el paso de los años el comedor fue, y sigue siendo, una institución básica del sistema escolar.

Uno de los hechos que más revuelo causaba entre los escolares era el de la vacunación. Cada vez que se anunciaba, para el día siguiente, que no faltaran para poder vacunarse, las faltas de asistencia se hacían mucho más numerosas; tanto que optamos por no avisarlo. Y aún así eran jornadas de lucha titánica de equipos médicos, maestros y alumnos mayores para atrapar a los más "rebeldes" o miedosos y sujetarlos mientras le ponían la vacuna entre gritos, lloros, amenazas...

He hablado antes de todas las ventajas que ofrecían las dos escuelas construidas en 1969; pero como todo no puede ser bueno (aunque debiera serlo) esas dos magníficas escuelas carecían de patio escolar. Esta ausencia se resolvía en la amplia calle existente entre las escuelas y las casas de la barriada. Como allí, por esos años, no vivía nadie (o muy poca gente) se aprovechaba el espacio como patio de recreo o campo de deportes. Claro que las condiciones del piso-suelo, de pedrusco y tierra, no eran las más adecuadas para deportes refinados. Nosotros lo solucionábamos limpiando un poco lo más gordo y a jugar. Y mucho peor lo tenían los otros niños (escuela nº 1) que delante del centro tenían una estrecha calle empedrada y la de niñas nº 1 que estaba junto a la carretera de Los Realejos.

Mucho afán pusieron los escolares en la práctica deportiva, en unos juegos-deportes de reglas muy libres y que no se sabía muy bien, a veces, si se jugaba a balonmano, baloncesto o voleibol. Pero tal fue su empeño, esfuerzo y superación que, a propuesta de la inspección provincial, se le concedió a una de las escuelas el Premio Nacional de Educación Física, allá por el año 1965.

Después, ese espíritu deportivo se canalizó a través del profesor D. Antonio Estévez que, ya en 1975, contaba con un equipo de balonmano federado. Ahí puede estar la raíz de esa viva afición a este deporte.

De lo que yo quedé verdaderamente asombrado, desde los primeros días de mi llegada a La Perdoma, y el asombro me duró muchos años, fue de lo correctos, de lo educados que eran la mayoría de los niños. Hay un hecho que he repetido muchas veces en todas las ocasiones posibles: desde el primer día que llegué a la escuela comprobé que había dos baldosas del rodapié despegadas y caídas al suelo, en el porche de la entrada, abierto a la calle (importante esta aclaración). Me extrañó que estuvieran allí y sin romper. Mi sorpresa fue creciendo día a día, meses y meses y hasta varios años (ya, por ver en qué quedaba la cosa) en que las dos baldosas seguían allí, unos las ponían, volvían a caerse (y así una y mil veces); una de ellas terminó partiéndose y hasta los dos trozos estuvieron meses por allí. ¡Un verdadero ejemplo de civismo infantil!

Y quiero completar este relato de mi vida de maestro en La Perdoma, con un merecido recuerdo-homenaje a tantos alumnos que hicieron un gran esfuerzo para aprender algo, para redimirse del

analfabetismo. No me olvido de "Lolo" (nombre ficticio que podría asignarse a muchos escolares), niño que con más de diez años apenas sabía deletrear. Le correspondía ir a la escuela de D. Manuel, pero le daba vergüenza y me pidió que lo "metiera" con los "grandes". Recuerdo su físico como si fuera ayer. Bajito de estatura, gordete, fuerte, de pelo indomable, mirada un tanto tímida pero resuelta, clara; tez curtida en mil peleas contra el viento, la lluvia, el sol, el frío.

–A ver esas rodillas que parecen un poco sucias.

–No son sucias, maestro, me lavo y no se me quita.

No, no era suciedad, era una piel sufrida, dura, cuarteada... en esa lucha despiadada con la Naturaleza, en un niño de diez años.

Y se empeñó en aprender a leer y escribir. Y faltaba, días y días, a la escuela:

–Es que tuve que coger la hierba para los animales.

–Pero la hierba se coge en un rato y tú faltaste todo el día.

Pero es que también tuvo que limpiar la cuadra, llevar la comida al padre, cuidar las cabras...

Y me pedía tarea para la casa.

–Pero ¿qué tarea vas a llevar? ¡Si no tienes tiempo de hacer nada!

–Pues para por la noche.

Y no había ni luz eléctrica en la casa. Y me traía las cosas hechas a medio y medio bien hechas. Así estuvo tres, cuatro años. Iba avanzando muy lentamente, pero muy seguro de sus escasos logros. Su vida socio-escolar estaba marcada por su situación familiar. ¿Por qué tenía que ser así? Apenas se integraba en los juegos, pero como era serio, respetuoso y despierto todos lo apreciaban. Su vivir infantil quedaba a mitad de camino entre los diarios quehaceres domésticos y el afán de saber. Aprendió lo justo para poder aprender por sí sólo después. Para mí quedó el mal sabor de las injusticias sociales que cercenan los ideales más bellos como el saber y atormentan la vida infantil.

Con esto queda expuesto lo más destacado de la vida escolar de La Perdoma, de mi vida como maestro en ese lugar. Y me viene a la mente una reflexión sobre la labor profesional: Quienes estamos dedicados a la enseñanza, cuando hacemos balance de nuestra labor, sobre todo si es reciente, perdemos de vista la perspectiva histórica. Por mucha voluntad que hayas puesto, por mucho esfuerzo realizado, por muchos logros alcanzados, no es obra tuya. Es que las circunstancias históricas y sociales han contribuido a ello. Hablaba yo antes del cura D. Elías y su persistente apoyo a la creación de las escuelas. Después he leído un escrito suyo, en el que se siente muy ufano de su contribución a que se escolarizaran 300 niños más. Y tiene razón; pero me ha hecho reflexionar y he llegado a esta conclusión: Se hizo eso (u otras muchas más cosas en relación con la enseñanza pública) porque la situación económica de las familias permitía prescindir de las tareas infantiles, porque la sociedad iba estando concienciada de la importancia de la cultura básica, porque había recursos estatales disponibles para ese fin. Nuestra tarea docente queda enredada en esa tupida maraña del progreso social y su contribución a acelerarlo o retardarlo es nimia. Aunque debamos estar siempre dispuestos a una colaboración positiva. •